

una atención unida, comunal, amorosa hacia el exterior conseguirá superar sus problemas. Mientras unos cuantos intenten dominar a los demás, y los engañen para ello con falsos problemas supersticiosos, mientras no descubran la tolerancia, su situación de lucha continua, de seres dominados por el exterior, permanecerá.

Cualquier película de «ciencia-ficción» (como cualquier película, en general) tiene, al margen de la intención consciente de sus creadores, una significación política. Y más que eso, contiene una expresión personal de tipo político que se deduce de la especial manera que el autor concibe a sus personajes y el mundo que le rodea. En este sentido, «Cuando los dinosaurios dominaban la Tierra», si bien reduce su explicación de la situación del hombre a conceptos un tanto elementales, no son por ello despreciables. Al margen de que, visualmente, la película es una de las más sabrosas de las que se exhiben en este momento en nuestras pantallas. ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

«Galatea», no interesó

Pocos, muy pocos espectadores ha tenido «Galatea» en el Español, de Madrid. Me dicen que tampoco la asistencia de público fue una característica de la temporada barcelonesa. La obra de Sagarra, dirigida por Salvat para la Compañía Angel Guimerá, ha conocido, en fin, la general y sucesiva indiferencia de un público catalán y otro madrileño, respectivamente, enfrentados con el texto original y con su versión castellana. En medio, homenajes a José María de Sagarra con ocasión del décimo aniversario de su muerte. Y, como balance, la idea de que estamos ante un escritor cuya valoración debe ser reconsiderada y establecida de nuevo.

En el fondo, uno tiene la impresión de que sucede lo mismo que pasó ya con «La filla del mar», de Guimerá, hace un par de temporadas. Los límites de la tradición teatral catalana son tales, tan corto su censo de autores de interés, que, a la hora de plantearse un «repertorio» de dramas del pasado, fatalmente acuden textos cuya reposición está más fundada en argumentos histórico-culturales que en su posible proyección sobre la sociedad contemporánea. Las obras alcanzan una doble estimación: según lo que significan en la literatura dramática catalana y según lo que realmente valen para un público actual.

«Galatea», por ejemplo, es una obra intelectualmente muy superior a aquella otra de Sagarra que, adaptada por Pemán, conoció en el Lara, hace años, un gran éxito de público. Me refiero a «La herida luminosa». Esta vez no hay tesis, ni cura, ni melodrama naturalista. Se advierten sobre el escritor una serie de influencias bastante concretas, que Salvat, en el trabajo incluido en el programa, aclara y detalla: teatro francés de la posguerra. Sólo que —y esa sería la razón última del inevitable fracaso de «Galatea»— entre un Camus, pongamos por caso, planteándose una dramaturgia para llevar adelante sus reflexiones, y un Sagarra «poniéndose» al día, han de existir profundas diferencias. De ahí esa sensación de pulcritud, de calidad, que produce «Galatea» casi simultáneamente a la de indiferencia. ¿Si mucho del teatro que subyace en el drama de Sagarra no interesa hoy, pese a su innegable autenticidad, cómo va a interesar lo que es su reelaboración intelectualista y un tanto circunstancial?

Y conste que el trabajo de la compañía barcelonesa es siempre responsable. Y que la puesta en escena de Salvat no se ajusta al estilo «deliberadamente pobre» que caracteriza muchos de sus montajes. Esta vez hay una voluntad imaginativa, una visualización original, a la que ha contribuido en gran medida la interesante escenografía de Yago Pericot. Lo que ocurre simplemente es que, fuera de sus significaciones dentro de la historia literaria catalana,

colocada delante del público, «Galatea» no interesa hoy en absoluto. ■ J. M.



El paisaje y el paisanaje: esa es la relación que aquí me permite asociar a dos nombres absolutamente disímiles: el levantino Francisco Lozano y el andaluz José Duarte. ¿Disímiles? No tanto, si se tiene en cuenta que ambos se atienen a una cierta determinante solariega; bastante, si se comprueba una diferencia de ideologías en el enfrentamiento con la realidad. No se trata sólo de sus diferencias argumentales: Lozano pinta paisajes; Duarte, pobladores del paisaje... Se trata también de una diferencia de tratamiento pictórico: Lozano, que no es ni mucho menos un impresionista, le concede, sin embargo, una jerarquía al color; Duarte, que no deja de usar el color, lo somete, con toda

Francisco Lozano. Galería Biosca. Madrid

Con respecto a Lozano podría decir: «No cualquier paisaje, ese paisaje, el suyo, el levantino... Y no cualquier tierra de Levante: esas suyas, pobladas de retamas, con arenas amarillentos, de monte bajo...». El otro día, en su exposición, para sonsacarle, le susurré al oído a Paco Lozano: «¡Qué hermosas son las tierras pobres!». Por un momento vi que se le iluminaba la cara, pero, inmediatamente, lo que sin duda debe haber en él de labrador se sobrepuso: «Y, sin embargo —me dijo—, ¡esos arrozales, esos naranjales!». Es verdad, pero en sus cuadros hace tiempo que ya no aparecen... Es que paulatinamente Lozano se ha ido haciendo cargo, cada vez más, de un paisaje incontaminado, determinado más por la exuberancia de la Naturaleza que por el trazado de los hombres. Y eso es más así, en la medida que, por contra, él va modelando lo que el paisaje puede tener de estructura. Se diría que Lozano, que siempre fue un pai-

ración su cromatismo. Pero porque quiere quitarle brillantez sin dejar de concederle a cambio su plena eficacia.

Es extraño, pero, si bien se mira, Francisco Lozano usa todos los ingredientes del impresionismo —todos: incluso, en ocasiones, un cierto divisionismo— para negar al impresionismo. Eso podría explicarse diciendo que ha asimilado, como cualquier paisajista que se precie, todas las enseñanzas de aquella formidable tendencia y que ya está en otra problemática. Venancio Sánchez Marín dice, en la estupenda presentación de su catálogo, que es que está situado en los dominios del expresionismo. Y es verdad. Pero hay otras razones, además. Los impresionistas, sometiendo a todas las cosas al dominio de la luz, es como si quisieran afirmarnos la relativa fluidez de todo. Lozano, sin negar la luz y, por tanto, sin negar el color, sometiendo a toda su gama cromática al dominio de las masas moldeables, es como si quisiera afirmar la relativa gravedad de todo. Es decir, aproximadamente lo contrario.

José Duarte. En la galería Ramón Durán. Madrid

Allí, en la galería donde expone Pepe Duarte, y ante sus cuadros, oí hablar a más de uno de «surrealismo». ¿Surrealista Duarte? ¿Con esa pinta de cordobés reconcentrado? ¿Con esa temática exclusivamente campesina? No: no es un surrealista, pero la clasificación no es absolutamente disparatada. Yo le he llamado —y persisto en llamarle— «realista», pero ese prefijo que muchos añaden a la clasificación no es contradictorio con ella. Lo que le pasa al «realismo» de Duarte es que tiene una sustancia que no se puede llamar de otra manera que «póetica», según la cual sus cuadros tienen un argumento que rebasa a su propia narración: nos dice todo aquello que nos dice más una serie infinita de resonancias. Es lo que ocurre con la palabra póetica cuando lo es verdaderamente. La «palabra póetica» de Pepe Duarte podría tener relación con ciertas églogas virgilianas, pero tampoco



Lozano.

deliberación, a la estructura formal...; mejor, a la estructura argumental. Es que para Lozano —por eso es eso que se llama «un paisajista»— el mundo, su mundo, es el espectáculo que se ofrece con toda espontaneidad ante sus ojos, mientras que para Duarte —y por eso es, insisto en llamarle así, un «realista»— el mundo es ese retazo argumental que él quiere darnos: no cualquier argumento: ese argumento.

sajista, fue también, en la medida que pudo serlo, un escultor del paisaje...; permítame la metáfora descabellada. Quiero decir que no le interesa tanto el aire como la tierra, y de ella, la que se configura fisonómicamente. De ahí esa domesticación cromática que él se va imponiendo cada vez más. No es que no use el color con toda su potencia: es que en él el color es modelación. Es cierto que él ensordece con toda delibe-